

LAS HUELLAS ERRADAS

EDUARDO IRIARTE

LAS HUELLAS
ERRADAS

TERCER PREMIO

JOÑO
GRONO

DE NOVELA

algaida



Un jurado presidido por José Manuel Caballero Bonald y compuesto por Gustavo Martín Garzo, Eugenia Rico, Martín Casariego y José M.^a Merino designó a la novela *Las buellas erradas*, de Eduardo Iriarte, ganadora del Tercer Premio Logroño de Novela, convocado por el Ayuntamiento de Logroño, la Fundación Caja Rioja y Algaida Editores (Grupo Anaya).



Primera edición: febrero, 2010

© Eduardo Iriarte, 2010
© Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-355-2
Depósito legal: M-2.411-2010
Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*En memoria de otro Simón,
mi padre.*

Pues si llegara el viajero profesional, al preguntarle
cerca de la lumbre, permanece mudo, declina con
una sonrisa secreta, y mientras tanto las conjeturas
sobre nuestros mapas se tornan más extrañas y
amenazan peligro.

No hay cambio de lugar, W. H. AUDEN

I

NADIE SABÍA NADA. ALLÍ ESTABA LA TUMBA, SIN EM-
bargo, como constatación irrefutable. Aunque
no podía decirse que formara parte del rebaño
de sepulturas del cementerio, tampoco la habían orillado
lo suficiente como para expulsarla del camposanto igual
que si se tratara de la fosa de un suicida, un paria, al-
guien que se hubiera decantado por la mala muerte. La
lápida era pobre, tanto así que no la hubiera considerado
como tal de no ser porque cumplía el cometido de atesti-
guar un nombre y un par de fechas, las comprendidas en-
tre el primer llanto y el último, si es que lo hubo.

Le había llevado el día entero hacerse una composi-
ción de lugar y orientarse entre los caseríos desperdigados
y el denso cogollo de casas que formaba el pueblo en sí. El
cementerio estaba alejado, al abrigo de una colina que
ningún camino sorteaba, como si hubiera una intención
palmaria de dificultar la llegada hasta allí, quizá por miedo
a que el trayecto resultara demasiado accesible. Los chopos
rodeaban el recinto como un refuerzo del muro que lo

delimitaba. Las siluetas espigadas proyectaban las últimas sombras del día contra el enlucido áspero y agrietado. Algo más allá, las aguas del río formaban un remanso que guardaba respetuoso silencio allí donde descansaban los antepasados y añoraban sus huesos el frescor de la corriente.

Simón había estado buena parte de la tarde contemplando el cauce tranquilo mientras sacaba del macuto unos pedazos de pan y el poco queso que le quedaba; mientras apuraba los últimos tragos de vino malo; mientras recordaba, y procuraba olvidar y luego volvía a recordar, porque era eso lo único que sabía hacer, lo único que le restaba. Hasta tal punto se sumergía en el pasado que muchas veces el entorno presente adquiría tintes pretéritos. Asomaban a la realidad matices que estaban solo en su imaginación y cobraban forma siluetas que ya no eran sino espectros. De un tiempo a esta parte, no le sorprendía intuir entre la maleza pasos hostiles o ver brillar el filo de una bayoneta en cualquier destello fortuito. Los ruidos inofensivos del monte se tornaban estruendo de refriega en cuanto intentaba conciliar el sueño, y confundía el aleteo de un pájaro con un enemigo que intentaba sorprenderlo al amparo de la espesura. En los remolinos que se formaban al pasar el agua entre dos piedras en mitad del río, le había parecido distinguir hilillos de sangre que se iban espesando hasta formar una charca rojiza mecida por la corriente. Pero una leve sacudida de la cabeza le había bastado para difuminar el espejismo y volver al presente, un presente impregnado de pasado en el que volvía a perderse arrastrado hacia el bucle de la memoria estancada.

Casi un año después de finalizada la campaña, tras la desbandada carlista, ahora ya definitiva, él seguía intentado dejar atrás los improvisados campos de batalla, el aburrimiento repentinamente truncado por el alboroto y la confusión, los gritos moribundos, el vaho sin relincho que brotaba de los belfos del caballo desventrado, el mordisco en la cara sin afeitar del enemigo como un voraz beso de despedida mientras el filo entraba en la carne indefensa, las columnas negras de los incendios como pedazos de nube desprendidos durante una tormenta incomprensible...

Se le amontaban las escenas en secuencias encadenadas que no conducían a ninguna parte salvo a recordar la inercia del encarnizamiento, la desidia de quien nada tenía que ganar con la victoria. El ejército que había elegido por necesidad y con el único fin de dejar el trabajo en el campo y la pobreza de un pueblo donde nadie iba a echarle de menos, y en el que había servido casi cuatro años, había acabado por resultarle tan ajeno como el bando contrario, y llegó a vestir el uniforme negro casi con vergüenza, como si creyera merecido el apodo de «pesetero» con el que los insultaban los carlistas.

No celebró la victoria liberal cuando por fin llegó, ni hubo regreso a casa tras la contienda.

A lo largo de los últimos meses, los caminos le habían parecido más acogedores que la vida entre la gente, y se había dedicado a vagar realizando trabajos de escasa importancia allí donde se le ofreciera algo de comer y se le permitiera mantenerse al margen. Su capote militar había visto más graneros y establos que cuartos con estufa, pero

un sentido de la dignidad que se negaba a desaparecer a pesar de toda la abyección de que había sido testigo en el frente, seguía impeliéndole a mantener el uniforme que guardaba como ropa de muda limpio y adecentado; eso y la posibilidad de que el pretendiente al trono volviera a cruzar la frontera y todo volviera a empezar. El verano le había permitido lavarse en los ríos y lavar sus prendas con asiduidad, pero la pendiente hacia el frío del otoño primero y la llegada del invierno después lo habían importunado con lluvias y nieves que su salud mermada cada vez aguantaba peor.

La cicatriz en la cara ya no imponía tanto. La ceja rasgada que se descolgaba hasta el pómulo y le había prolongado un par de dedos el rabillo del ojo como resultado de un mal cosido ya no repugnaba como al principio. Aun así, los desconocidos intuían heridas más profundas, y lo dejaban estar, procurando no indagar allí donde se sabían mal recibidos.

Esa mañana, al acercarse a un caserío por el que no parecía haber pasado ninguna guerra, le había salido al encuentro un perro cuya gordura delataba el buen comer de los amos, y luego una mujer también gorda, con una rojez en los carrillos que indicaba además muy buen beber. El color, no obstante, abandonó su rostro nada más ver la silueta vagamente militar, que sin duda era eco de otras parecidas.

La mujer blandía una hachuela de mango corto con la que acababa de cortarle la cabeza a una gallina que sostenía de las patas con la otra mano, un poco alejada de su cuerpo para que no le manchara el delantal ya sucio. Del

muñón del cuello salía un tenue penacho de vapor que atestiguaba lo reciente del sacrificio. A Simón le pasó por la cabeza una sucesión de imágenes asimiladas a fuerza de rememorarlas en sus constantes intentos de no volver a pensar en ellas; estampas que había ido perfilando cada madrugada con los recuerdos de los sueños de noches pasadas y el barrunto de los sueños que sin duda volverían a asaltarlo en noches venideras. Siempre había sangre en sus recuerdos, heridas abiertas, desgarros y miembros amputados, y sobre todo gritos. Lo peor, sin embargo, era cuando las heridas las infligían sus propias manos, que escapaban a su voluntad y soltaban tajos como si tuvieran vida propia.

Al notar que las pesadillas le estaban ganando terreno en pleno día, sofocó un escalofrío. Probó a sonreír y le sorprendió su propio gesto. Lo tenía olvidado y le tiraron los músculos de la cara, sobre todo los de la mejilla derecha y el ojo violentamente achinado. Como la desconfianza de la campesina era evidente, prefirió no andarse con rodeos y preguntó sin preámbulos por el amigo cuyo recuerdo le había llevado a dirigir hacia allí sus pasos.

—Andrés Ugarte —repitió la mujer con el gesto agriado, y negó con la cabeza, aunque sin especificar si no lo conocía, no sabía su paradero o no tenía interés en hacer memoria.

Se abrió un silencio más vibrante por cuanto que ninguno de los dos se decidía a continuar ni encontraba palabras para dar por zanjado el encuentro.

Entre uno y otro, la gallina recién decapitada iba desangrándose, gota a gota.

La mujer, con un descaro solo justificado por el hacha en la mano, escudriñó a Simón sin prisas. Empezó por las botas, gastadas en los rebordes, milagrosamente enteras después de haber hecho más leguas de las que podían recordar y de haber pisado más de un cuello inerte. Aunque ahora vestía pantalones y camisa de faena, tanto el calzado como el capote descolorido le otorgaban un aire soldadesco, lo mismo que el porte, la actitud levemente a la defensiva y, aun así, envalentonada. Iba a cabeza descubierta, de modo que la campesina no pudo evitar fijarse en lo irregular del corte de pelo, los trasquilones que él mismo se había hecho y luego había intentado disimular con otros trasquilones hasta igualarlo bien que mal. Y después estaba la cicatriz, claro, que le permitía mirar a los ojos a la gente que miraba los contornos de su ojo sin fijarse en su mirada.

Eso estaba haciendo la mujer, su propio ojo izquierdo entornado igual que el reflejo en un espejo, como si sopesara el grado de dolor exacto que debía de haber sentido al recibir una herida así, y luego al tener que sobrellevar un zurcido tan pedestre. Simón la dejó hacer. No tenía más prisa que la que le dictaban los demás, y los demás no acostumbraban a meterse en sus asuntos.

La campesina debió de caer en la cuenta de su desvergüenza, o quizás algo le permitió intuir la juventud perdida de Simón, porque con un leve movimiento de la comisura izquierda abultó el carrillo y le mostró algo que no era sonrisa pero tampoco gesto contrariado.

—Andrés Ugarte —repitió fingiendo hacer memoria. Pero luego se desdijo de sus pensamientos y meneó la

cabeza—: no me suena. Tendrá que preguntar por ahí —dio un golpe de sien en una dirección indefinida y mostró la gallina sacrificada a modo de despedida para luego dar media vuelta y dirigirse hacia la casa, cargando con el peso de sus caderas mal disimulado por las gruesas faldas.

—Volvió en febrero del pasado año —insistió Simón—. Poco antes del armisticio...

Sin saber por qué, tuvo la sensación de que había revelado mucha más información de lo debido. Además, la mera mención de aquellos días, el final de todo el odio y la violencia resumido en una palabra, le provocó una sensación de gelidez en las palmas de las manos. Otra vez le inundaron la memoria los sablazos y las descargas. Recordó a Andrés, cuyo nombre no había pronunciado desde entonces, con las manos ensangrentadas y los ojos desorbitados, el cuerpecillo de aquella niña sin nombre lánguido entre sus brazos y un grito que no acertaba a abandonar sus labios. Recordó en una serie de fogonazos la huida al abrigo de la noche perseguidos por sus propios compañeros, soldados en un bando que también a ellos les había sido impuesto, un ejército para el que habían sido reclutados y en el que muchos no creían más de lo que creían en el enemigo, que en ocasiones no se distinguía del hermano.

La niña sin nombre, motivo y fin, imagen perpetua que se inmiscuía en sus ensueños y a la que Simón no sabía si maldecir o adorar, pues tenía de ella un recuerdo preciso y al mismo tiempo difuso, una memoria que solo Andrés, que había visto lo mismo que él, hubiera podido ratificar o desmentir de una vez por todas.

Era consciente asimismo de que sus palabras no eran del todo ciertas. Andrés y él se habían separado de las tropas un par de días antes del final de la guerra, de un cese de hostilidades que no habían podido prever y al que no hubieran esperado por mucho que se lo hubiesen anunciado con antelación, pues su huida no había sido premeditada, como tampoco lo fue la carnicería que la precipitó.

Una y otra vez le asaltaban las mismas imágenes y una y otra vez debía esforzarse por espantarlas antes de que se adueñaran de sus nervios y le provocaran los acostumbrados temblores, primero a la altura de las rodillas, luego en los brazos, el vientre y finalmente por el cuerpo entero, hasta que conseguía recuperar la calma y anclarse a la realidad.

La mujer volvió a medias la cabeza sin girar el torso en absoluto, asió la hachuela con más fuerza y, mientras la gallina se cimbreaba sin voluntad en su mano, le espetó por encima del hombro:

—Le he dicho que no sé nada de él.

Simón asintió y descartó insistir de nuevo: estaba acostumbrado a que le dieran largas y le cerraran puertas. La decepción, no obstante, la posibilidad de que hubiera hecho el viaje en balde, le llevó a seguir indagando con el tesón de quien ya no tenía nada que perder.

El pueblo de Escarza estaba encaramado a un alto con los Pirineos al fondo, rodeado de todos los tonos cobrizos concebibles de un invierno aún frondoso, como si la sangre derramada a lo largo de los años anteriores hu-

biera impregnado el suelo hasta saturarlo y llegado a través de los troncos a las copas de los árboles, traducéndose en hojas de un rojo insólito que ni siquiera las nevadas de primeros de año habían conseguido apagar. Coronado por la parca iglesia, tenía exactamente el mismo aspecto que cuando lo había divisado a primera hora de la mañana, ya que, por algún efecto óptico que no alcanzaba a explicarse, seguía dando la misma impresión de lejanía a pesar de que ahora debía de distar poco más de unos minutos de camino.

La primera tentativa con la campesina había sido un fracaso, y le había mermado el escaso ánimo que llevaba. Después de todo, no tenía indicios para pensar que Andrés fuera a alegrarse de su visita, y aun así, en los últimos tiempos, todo lo había dirigido hacia allí en un peregrinaje cuyo fin no acababa de comprender: quizá pedir explicaciones sobre lo ocurrido con aquella niña sin nombre, o elaborar hipótesis que le permitieran conciliar el sueño de una vez por todas. Se habían despedido un año atrás a las puertas de un convento, con un apretón de manos apresurado y un silencio cargado de palabras sin pronunciar que en el fondo no eran sino los deseos que tenía cada uno para sí mismo. Les aterraba que diera con ellos algún enemigo rezagado, pero más miedo les inspiraban los de su propio bando, pues aunque no querían pronunciar la palabra, se habían convertido en desertores al volver las armas contra los de su mismo uniforme. Lo único que podían hacer era ocultarse e ir desandando camino hasta volver cada uno a donde los llevaran sus pasos, a donde alguien pudiera ayudarles o encubrirles de alguna manera.

Imaginó el regreso de Andrés, maltrecho y cansado, por ese mismo sendero, espoleado por el recuerdo de su novia, la memoria que lo había mantenido firme durante los meses de escaramuzas que habían compartido. Lo vio apresurar el paso y despreocuparse de las miradas llevado por la ilusión enfermiza de volver a abrazar a aquella mujer cuyo nombre le había oído repetir como una plegaria en momentos de apuro o tensión: «Paula, Paula, Paula...». Conjeturó qué ruta podía haber seguido para entrar en el pueblo sin despertar sospechas, pero, desde aquella perspectiva, la configuración arisca del terreno sobre el que se habían ido levantando las casas no parecía dejar más opción que una calleja sombría que de inmediato le hizo pensar en una emboscada.

Apretó los puños, acomodó innecesariamente el macuto al hombro y empezó a subir camino de un centro hipotético. La calleja, sin embargo, iba a morir pocos metros más allá en un corral de aspecto desvencijado, y tuvo que volver sobre sus pasos para probar otra vía de acceso.

Una vez en el interior de la población, a resguardo de las piedras de tozudo color gris de las casas, le dio la impresión de que la temperatura era más baja y notó un hálito traicionero en el cogote. Tenía como referencia el remate de la torre de la iglesia, pero cada vez que se creía a punto de desembocar en el corazón del pueblo, una nueva tapia, una verja espinosa o una casa levantada sobre suelo inverosímil le cortaban el paso.

Molesto por las vueltas y revueltas, se subió a un murete medio descuadernado para intentar situarse dentro del laberinto. Hizo visera con la mano más como gesto de

concentración que para protegerse de un sol que no lo deslumbraba y giró sobre los talones, primero hacia el este y luego hacia el norte lejano. La silueta sólida de las montañas le infundió ánimo: había tierras más allá, y posibilidad de huida. En eso pensaba de vez en cuando para espantar otras cavilaciones, pero luego le sobrevinó el miedo a una tierra extraña, a un idioma que no era el suyo, a una vida errante que entonces sería ya definitiva.

—Baja de ahí o te reviento.

La amenaza le resultó doblemente hostil por la sorpresa y por el tono prosaico con el que se la habían lanzado. Al ver la tercerola apuntada hacia su vientre, maldijo su descuido, impropio en alguien acostumbrado a mantener la guardia alta. Detrás del arma había unos brazos recios y un corpachón lo bastante ancho para ocupar la hoja abierta del portón por el que asomaba.

—¿Qué haces ahí?

Simón barajó varias respuestas en rápida sucesión y no consiguió dar con ninguna acertada. Las patillas en hacha del desconocido enmarcaban una mueca obscena que había visto en más de una ocasión, la de aquellos para los que apretar el gatillo era más un placer que un último recurso. Con los brazos a media altura, las manos abiertas para demostrar que no llevaba intenciones violentas, dijo:

—Soy Simón Antoñana.

No era contestación a ninguna pregunta, sino una corroboración a partir de la que empezar a elaborar una respuesta verosímil. El nombre resonó en su cabeza como un eco postergado. No recordaba la última vez que lo había

oído, y le resultó extraño, ajeno. Pero el cañón del arma exigía explicaciones, y rectificó:

—Soy el sargento Simón Antoñana, del Segundo de Cazadores de Navarra.

Aunque imprecisa hasta la falsedad, la información cogió desprevenido al campesino, que tardó unos segundos en decidir si debía dar crédito a lo que oía, y luego unos instantes más en reaccionar bajando la tercerola al tiempo que su actitud pasaba de agresiva a neutra y después a amistosa.

—Con la ropa de paisano, cómo iba a saber yo que... —se disculpó el hombretón, que entonces reparó en el capote, y también en el cinturón de cuero con hebilla plateada. Luego, no obstante, la duda volvió a arraigar en él. Empuñó con más fuerza el arma sin llegar a levantarla y lo miró de arriba abajo. En tono desconfiado, añadió—: ¿Y qué le trae por aquí, sargento? —un deje de sorna al pronunciar el grado militar.

Simón se mordió la lengua primero, pero después no vio razón de peso para ocultar sus intenciones, y dijo:

—Venía en busca de Andrés Ugarte, un mozo de este pueblo. Luchó conmigo en la ermita de la Trinidad, en Lumbier —rememoró Simón, y la amargura le recorrió las venas como un reguerillo de pólvora—. Hicimos buenas migas y al pasar cerca de aquí pensé que...

Vio que el hombre había perdido el hilo de sus explicaciones. La sonrisa que había empezado a asomar a sus ojos se tornó en gesto de contrariedad y la rigidez de su semblante delató que algo lo había incomodado profundamente.

—Cuando nos despedimos, hará cosa de un año —continuó—, él regresó a casa, ¿no es así?

El silencio se dilató más de lo debido, tanto así que Simón empezó a leer en los ojos del otro la respuesta que no quería dar.

—Soy Florencio Marticorena, alguacil del pueblo —y también se sirvió de su potestad para ponerse a la defensiva.

Al tenderle la mano a modo de saludo, Simón se vio obligado a bajar del muro para estrechársela, y durante unos instantes los dos calibraron la fuerza del apretón y la firmeza de la mirada.

—Andrés, dice...

—Sí, de la «casa del Afilador», aunque me dijo que a sus padres se los había llevado el hambre de la guerra.

El alguacil frunció el ceño como si estuviera haciendo el esfuerzo de recordar, y respondió con un indefinido:

—Sí, creo que se le vio por aquí el invierno pasado...

En un pueblo en el que no podía haber más de doscientas o trescientas almas, donde por fuerza tenían que estar unos al tanto de los movimientos de los otros, y más tratándose de un muchacho del pueblo que había estado en el frente, el regreso de Andrés no podía haber pasado inadvertido aunque no tuviera familiares que lo echaran de menos.

—No era un mozo muy dado a la charla —señaló el campesino, como si hablara de un pasado remoto—. No sé quién podrá darle razón de su paradero. Tendría que preguntar por ahí...

Pero no señaló hacia el pueblo, sino hacia los campos más allá, dándole a entender que quizás haría bien en

olvidarse de volver a tomar contacto con antiguos camaradas. Era evidente que el alguacil estaba empezando a perder la paciencia, pero Simón no andaba para juegos tampoco. Adoptando un aire marcial que subrayó con un taconazo indeliberado, anunció:

—La comandancia de Estella me envía en su busca. Tengo que localizarlo y hacer que se presente ante los mandos sin tardanza.

Era un mero farol. Ni siquiera estaba seguro de que la Comandancia de Estella pudiera tener jurisdicción sobre un soldado que ya ni siquiera lo era. Pero decidió recargar las tintas para obtener una respuesta clara del alguacil, cuya actitud remolona lo estaba exasperando. Para dar fuerza a sus palabras, hurgó en el macuto y sacó un documento que no era sino su vieja carta de incorporación al ejército, con la esperanza de que el alguacil no supiera o no quisiera leer y se fijara únicamente en el aspecto oficial del papel.

La amenaza implícita en la mención de la autoridad no hizo sino retraer más aún al campesino, que incluso dio un paso atrás y paseó la mirada por el suelo en busca de respuesta. Mudo todavía, se volvió hacia la entrada de la casa, un espacio amplio y desaprovechado donde solo había un perchero de grandes dimensiones del que colgaban una boina vieja, una hungarilla, algunas herramientas. Al fondo, las escaleras llevaban hacia la oscuridad de la primera planta.

Interpretando el ademán del otro como una sucinta invitación a entrar en la casa, Simón avanzó hacia el zaguán. En un ángulo protegido, atados por las patas trase-

ras a un único trozo de esparto, pendían boca abajo dos conejos igual que los platillos de una balanza, cada uno contrapeso del cuerpo lacio del otro. Al sentir su cercanía, el alguacil se volvió bruscamente: no había tenido intención de convidarlo, después de todo.

—Don Casimiro —dijo como si improvisara—. Don Casimiro sabrá darle razón del mozo aquel.

Los dos hombres, hombro con hombro, se quedaron mirando la penumbra de la entrada.

Del piso superior se desprendió el estrépito sordo de un recipiente de barro al hacerse añicos contra el suelo, preludio tal vez de otros quebrantos aún por llegar.

—El cura —explicó el alguacil.

—El cura, claro —asintió Simón, a quien un párroco se le antojaba la persona menos indicada para arrojar luz sobre el paradero de Andrés. Con todo, visto que no iba a sacar nada de quedarse allí, volvió a trepar al murete de un salto no tan ágil como un par de años atrás y se dejó caer al otro lado.

La tosca construcción se erigió en parapeto, y el alguacil pareció sentirse más a salvo. Con el gesto ahora distendido, levantó el cañón del arma y señaló hacia el cúmulo de edificaciones donde culminaba la población.

—Ahí está la iglesia. Su casa, al lado. No puede andar muy lejos.

Simón asintió de nuevo y levantó la mirada hacia el esquivo campanario cuyo camino no había sabido encontrar poco antes.

Discurrió por el cielo una bandada de pájaros en cuña, aleteando sin otro fin aparente que el de alejarse de

allí. Apenas había dado media docena pasos cuando oyó a su espalda:

—O quizás haría mejor en buscarlo en el cementerio —en un tono de voz quedo, despojado de repente de toda hostilidad, el alguacil se desdecía de un plumazo de lo que le había dado a entender hasta ese momento. Después de todo, sí sabía adónde había ido a parar Andrés, definitivamente.

Sin llegar a darse la vuelta, Simón dejó que la noticia fuera calando poco a poco, como llovizna en tierra reseca. No le sorprendió. No era sorpresa lo que le hizo crecer un pesado vacío en el pecho que lo dejó clavado al suelo. En un primer momento, ni siquiera era pena, sino más bien decepción, como si una ráfaga traicionera hubiera apagado de golpe la única vela que alumbraba sus pasos y de pronto no se sintiera con fuerzas para seguir el camino a tientas.

—La guerra se llevó a muchos —matizó el campesino, como buscando ofrecerle consuelo sumando desdicha ajena a la propia.

—Pero no a él. Yo lo vi emprender el camino a casa.

Era inútil poner reparos. Imaginó los peligros que habría corrido en ese trayecto sembrado de escollos, y recordó, como si no hubiera transcurrido el tiempo, la sensación de acecho con que se habían despedido aquella última noche, después de dejar a la criatura malparada que habían estado llevando a costas alternativamente durante la mayor parte de la jornada a la puerta del convento de Irune. Recordó el beso que Andrés había estado a punto de plantar en la frente de la niña inconsciente. Vio, como

si todavía lo tuviera delante, el destello de ilusión en sus ojos al anticipar la vuelta a casa, el reencuentro con la novia. «Paula, Paula, Paula.» Pero al huir de la muerte a la intemperie, del fusil enemigo y la locura de las escaramuzas, no había hecho sino encaminarse hacia otra muerte, la que le estaba destinada desde un principio.

Como un niño mustio se fue Simón en busca del cementerio, tan arisco para el forastero como las calles tortuosas que no acababan de llevar a ninguna parte. El sol agónico que había asomado para caldear la mañana de invierno dejó de insinuarse entre las nubes cada vez más hermanadas. Aun así, al dejar a su espalda el pueblo, sintió que el frío abandonada sus huesos cansados. La densidad de los bosques en derredor, lejos de resultarle amedrentadora, se le antojó un manto de protección. Al fondo, el río se abría paso, verdoso por entre los infinitos matices rojizos de las hojas; una herida a la inversa en el paisaje.

Decidido a posponer el duelo por el compañero, desvió la rabia hacia el alguacil con sus respuestas contradictorias, y también hacia la campesina que había negado conocer a Andrés. Quiso achacar su actitud a la presencia todavía reciente de la guerra, que vuelve a la gente mezquina y recelosa, y la hace defender lo suyo con saña. Pero no era gran cosa lo que había ido a pedirles, solo información sobre un viejo amigo, y de pronto su comportamiento se le antojó tan decepcionante como las mentiras de los mayores para un crío, tan fraudulento como el engaño compasivo de una madre.

Reacio a corroborar la mala nueva y así hacer concreto el profundo malestar que poco a poco le había ido

sobreviniendo, se detuvo en un claro junto al río, y allí se le pasaron las horas de más luz absorto en sus propias penumbras. Al arrullo de las aguas mansas, se sumió en un letargo que casi le habría resultado plácido de no ser por aquel abismo al que se veía asomado. Cuando por fin se desembarazó de la abulia y reemprendió el camino, tardó aún en dar con el cementerio rodeado de chopos. Como la verja estaba cerrada con un candado grueso y oriniento, se vio obligado a saltar el muro. Tuvo la fundada sensación de ser intruso en tierra sagrada, pero se justificó diciéndose que su visita era necesaria si quería clausurar la búsqueda de la única persona que podría haber aliviado el desasosiego.

Ninguneada por otras sepulturas más ostentosas, apartada, prácticamente adherida al costado del campamento más cercano al río, la parva lápida:

Andrés Ugarte
1850-1876

Fue la ausencia de un sencillo «En paz descansen» lo que hizo saltar una chispa resentida. De pronto, trastocada la pena en negación, comprendió sin asomo de duda que no descansaba en paz. No fue más que un fogonazo, una intuición casquivana. Sin embargo, mientras contemplaba la tumba, decidió que, si no podía encontrar a Andrés, daría al menos con los últimos que lo habían visto, seguiría sus pasos postreros para acompañarlo aunque solo fuera de manera postergada. Tras tantos meses de huellas erradas, intuyó Simón, sus días habían encontrado un objetivo.

No podía suponer entonces que aquella tumba constituía el comienzo de una indagación que lo mantendría amarrado al pueblo más tiempo del que ahora alcanzaba a imaginar; quizá más tiempo del que disponía o del que podía corresponderle.